

ACTUALIDAD DE LA CABECERA TUNECINA EN LA POLITICA MEDITERRANEA

157

Cuando después del alto el fuego entre Israel y la RAU, que fue puesto en vigor la noche del viernes, 7 de agosto, comenzó a pensarse en las fórmulas de paz, casi todas se enfocaron sobre la ONU; teniendo como punto esencial la aplicación de la resolución dada por el Consejo de Seguridad el 22 de noviembre de 1967. Sin embargo, este nuevo enfoque llevó después indirectamente hasta el problema de los orígenes «oficiales» de Israel. Así cobró un renovado e inesperado interés otro texto que casi se había olvidado. Es decir, el «plan de partición de Palestina», que la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó el 29 de noviembre de 1947 y que no se llegó a poner en vigor.

La primacía de la resolución de noviembre de 1967, quedó establecida en el contexto del Plan Rogers, que Abdel Nasser y Golda Meir aceptaron respectivamente el 23 y el 31 de julio, dicha resolución se refería, ante todo, a la retirada de las fuerzas israelíes de los territorios que ocuparon en junio de 1967; así como al «respeto y reconocimiento de la soberanía, la integridad territorial y la independencia de cada Estado de la región...». Pero desde el mismo momento de las aceptaciones mutuas por los gobernantes de El Cairo y Tel-Aviv, surgieron diferencias de matices de interpretación sobre si la retirada israelí ha de ser de unos «territorios ocupados» en general (como quiere Tel-Aviv) para luego precisar éstos en unas negociaciones especiales; o debe entenderse en el sentido completo «de todos los territorios ocupados» (como pide El Cairo). En cuanto a lo que decía la resolución de noviembre de 1967 sobre el respeto de la integridad territorial de cada Estado del Cercano Oriente, primero es necesario fijar cuáles son esos Estados, y los orígenes de sus creaciones. Entonces resulta que el Estado de Israel proclamado en 1948, no coincidió con el que la ONU había determinado y previsto en 1947, sino que quedó ampliado y ensanchado por la fuerza de las armas. De todos modos el único texto legal internacional de origen reconocido que Israel puede citar, es el de la partición de 1947.

Refiriéndose a esto mismo, el periódico oficioso egipcio de expresión francesa que se publica en El Cairo («Le Progres Egyptien»), decía pocos días después de implantarse el fuego: «Las fronteras seguras y reconocidas solo pueden ser las fronteras que fueron concedidas a Israel según el plan de partición de 1947; puesto que entonces fue excluida toda anexión de territorio por la fuerza de las armas».

Es muy posible que las referencias al plan de 1947, donde se atribuían al Estado judío 14.100 kilómetros cuadrados, en vez de los 20.255 que tenía antes de junio de 1967, y de los casi 90.000 que hoy reúne (incluyendo Cisjordania y el Sinaí), sean una maniobra de regateo; entre ella y el empeño israelí de conservar la mayor parte posible de sus conquistas guerreras. Y no ha de olvidarse que para establecer fronteras del todo nuevas (es decir, sin referencias a los antecedentes de 1947) habrían de emprenderse negociaciones bilaterales directas entre Israel y cada Estado árabe contiguo; lo cual es rechazado por ellos, y considerado como una rendición inadmisibile.

De todos modos, los Estados arábigos que se resignan a aceptar la resolución de 1967, y a la vez miran con cierta nostalgia al no realizado plan de 1947, por el mismo hecho de pedir que se cumpla la de noviembre de 1967, han reconocido tácitamente «de facto» la existencia de Israel como un país efectivamente presente. Sobre todo porque las cuatro «grandes potencias» (incluso la URSS), apoyaron el nacimiento de Israel desde el primer momento.

Lo más curioso es recordar ahora que entre los años 1964 y 1965 hubo un país perteneciente al conjunto de los miembros de la Liga Árabe (aunque fuera del sector próximo-oriental), cuyo jefe del Estado ya preconizó la aceptación de la partición de 1947 y las disposiciones de la O. N. U., desde 1948, como bases para la adopción de una nueva táctica ante Israel que resultase a la vez «objetiva, práctica y realista». Fue el creador y presidente de la república tunecina, Habib Burguiba.

En enero de 1964, es decir, después de que en El Cairo tuvo lugar la primera «cumbre» de jefes de Estado árabes para tratar de resolver el problema de Palestina, Burguiba (que había tomado parte) quedó decepcionado de ver que sólo se adoptaron resoluciones de altos vuelos y gran énfasis verbal; pero sin posibilidades efectivas de aplicación gradual, y sin tener tampoco en cuenta las posibilidades internacionales dentro de las cuales podían moverse los Estados miembros de la Liga de El Cairo. Así Burguiba, en febrero, promovió un gran escándalo. Una de las cosas que dijo es que el problema palestino no podía ser resuelto por los árabes con la fuerza, sobre todo, porque

no se podía evitar el hecho que Israel era *un Etat membre des Nations Unies*. En cambio, era factible iniciar una astuta «política de desgaste» respecto a la realidad israelí. Es decir, reducirla, frenarla, y retardarla al pedir la aplicación de los textos favorables dados por la O. N. U.; tanto respecto a la existencia de un «Estado árabe palestino» como a la exigencia del retorno a sus hogares de los refugiados árabes, tanto musulmanes como cristianos.

El 21 de abril de 1965 Burguiba pronunció en Túnez otro discurso insistiendo en la urgencia de que se pidiese y reclamase en la O. N. U., a toda costa el replanteamiento de la partición de 1947; lo cual implicaba la formación de un Estado árabe-palestino por pequeño que fuese. Además si un gran número de refugiados árabes volvieron a sus hogares situados dentro de Israel, el factor de desequilibrio de población entre sionistas y árabes quedaría en parte compensado.

Aquel discurso de abril provocó en el Próximo Oriente un alboroto mayor, Burguiba fue insultado y anatematizado; hasta el punto de que Tunicia tuvo que darse de baja en la Liga por hostilidad de Egipto, Siria, Iraq, etc., y otros varios países (aunque Marruecos, Argelia, Libia y Líbano, mostraban su comprensión de la posición del presidente tunecino).

Cuando estalló la guerra de los seis días, en junio de 1967, Tunicia expresó su solidaridad y deseo de ayuda, enviando un contingente de tropas; pero cuando éstas cruzaban por Libia camino del frente egipcio, la guerra se había terminado. Tunicia continuó después al lado de los demás países, para no ser acusada de desvío. Aunque al celebrarse, al fin de agosto del mismo año, la conferencia de La Liga Árabe en Jartum, el representante de Tunicia hizo constar que para actuar contra Israel los países de la Liga no sólo no disponían de fuerza militar, sino tampoco de una fuerza moral conseguida por poder contar con la opinión mundial en general; pues la frase de «destruir a Israel» (que en aquel año se empleaba mucho) no estaba de acuerdo con la realidad de su pertenencia a las Naciones Unidas.

Tanto aquel representante en Jartum como el mismo presidente Burguiba, en sucesivas declaraciones de prensa posteriores, insistían en que no pudiendo negar a Israel, ni mucho menos suprimirle, a los países arábigos que se enfrentaban directamente con el Estado sionista israelí sólo les quedaba «intentar fijarle en un espacio lo más restringido posible». Legalmente eso sólo podía ser reclamando unos límites lo más ajustados a las líneas del plan de partición de 1947. Entonces la oposición sistemática de los gobernantes de Tel-Aviv, no habría sido (oficialmente) frente a los árabes tanto como frente a la ONU.

En cierto modo Habib Burguiba al dar consejos sobre Palestina, se proponía en gran parte que los palestinos y sus valedores en los Estados orientales, aprovecharan la pasada experiencia de Tunicia. Cuando este país luchaba contra la ocupación francesa entre 1934 y 1956, bajo la guía del partido del Neo-Destur que Burguiba había fundado, no comenzó por pedir la independencia inmediata y total; sino que como el principal texto legal era el protectorado, comenzó por procurar que se respetasen sus principios firmados y no derivasen hacia una anexión colonial. Así se trataba al principio, de devolver a los tunecinos sus derechos en un régimen de asociación forzosa. Y después, de ir actuando etapa por etapa, aprovechando todas las pequeñas facilidades de cada momento, para ir ensanchando las atribuciones de los tunecinos. Hasta que en 1956 Túnez llegó a obtener una independencia completa.

Este sistema de oportunismo planificado, y aprovechamiento de posibilidades una por una, ha llegado a ser conocido con el apelativo de «burguibismo». El mismo Habib Burguiba lo ha definido del modo siguiente:

«En política lo importante no es revelar el objetivo final, sino alcanzar el éxito. El dirigente responsable debe evaluar las fuerzas en presencia, y si comprueba la imposibilidad de alcanzar su objetivo esencial de un solo golpe, debe fijarse un primer objetivo. Una vez alcanzado éste hay que fijar otro. Cuando la ruta es demasiado larga, o sembrada de demasiados obstáculos se deben marcar etapas. Porque ha de tenerse en cuenta la realidad; y cuando se toman vías poco accesibles nos alejamos de nuestro objetivo».

El adelanto de Burguiba al haber formulado en 1964-1965 unas teorías a las que ahora se inclinan varios sectores dirigentes del Próximo Oriente; no ha sido un hecho casual sino que ha formado parte de una larga serie de antecedentes en los adelantamientos respecto al conjunto de los países árabo-islámicos. Dejando aparte varios curiosos episodios medievales, lo cierto es que desde el siglo XIX, el país de Túnez o Tunicia ha venido teniendo una ambivalencia de tierra de vanguardia y punto de encrucijada.

Respecto a lo de vanguardia, un dato esencial fue el de que en 1861 (es decir, veinte años antes de convertirse su tierra en protectorado francés) los tunecinos elaborasen una Constitución, que fue la primera creada en un país Islámico. Hacia 1905 fue fundado en Tunicia el primer partido nacionalista moderno dentro de lo musulmán; con lo cual aquel país se anticipó incluso a Egipto y a Turquía. Otra fecha esencial fue la de 1944 en la cual se creó la U. G. T. T. (Unión General Tunecina del Trabajo), Organización sindical que fue inspirando posteriormente las de los países próximo-orientales. Túnez

desempeñó además el primer papel en otras anticipaciones de nueva educación, evolución de la mujer, reforma agraria, etc., etc. Así hasta hoy Tunicia ha podido jactarse de haber sido el vivero de muchas realizaciones culturales, jurídicas, económicas y sociales que más tarde fueron trasplantadas para alcanzar mayores desarrollos en otros países de las mismas formaciones árabo-islámicas.

Respecto a lo del papel de encrucijada, también ha sido cierto (nada menos que desde el siglo XIV y el XV) que en Túnez se depuraron, adaptándose a las diversas ideologías norteafricana, magrebí, musulmana, etc., diversas corrientes culturales que llegaban desde la Europa mediterránea meridional para fundirse con las llegadas desde el Levante próximo-asiático. Probablemente tales facilidades de fusión y adaptación han sido siempre estimuladas por dos rasgos locales, es decir, la moderación y la sintetización.

La moderación se manifiesta en que la principal cardinal directriz en las conductas del conjunto humano de los tunecinos, ha sido (casi siempre), una tendencia a preferir lo pragmático y desdeñar lo pomposo. Dicha moderación, y el buen sentido como piedra de toque en los enlaces interiores y exteriores, se han manifestado con especial relieve en lo político. Concretándose a aludir sólo a lo contemporáneo, lo cierto es que la actual república tunecina consiguió desprenderse de los lazos del protectorado y la colonización, con duros esfuerzos, pero sin haber tenido necesidad de sostener una verdadera guerra. Con «más maña que fuerza» Burguiba y sus amigos hicieron surgir (o resurgir) una nación tunecina actual, a través de varias fases que se sucedieron rápidamente. Con la autonomía interior el 3 de junio de 1955; la proclamación de independencia el 20 de marzo de 1956; la República el 25 de julio de 1957; la Constitución el 1 de junio de 1959; y el definitivo establecimiento de Habib Burguiba como presidente el 8 de noviembre del mismo 1959.

Las proyecciones de la nueva independencia sobre la política exterior han sido definidas por los eruditos franceses norteafricanistas, diciendo que Tunicia es *Une terre d'accueil, ouverte a tous les courants*. Esa posición de tierra de hospitalidad abierta, se subraya añadiendo que Tunicia destaca como puente tendido entre las civilizaciones y los continentes. No sólo por las características sintéticas del pueblo tunecino, sino porque físicamente Tunicia no ha dejado de ser asimismo la sede de la antigua Cartago.

Esta realidad cartaginesa, anterior y presente, se manifiesta en dos aspectos principales que son el central marítimo y el central psíquico. Sobre el primero basta recordar que el punto neurálgico de las rutas de navegación entre las

dos mitades oriental y occidental del viejo mar clásico, suelen cruzar por el estrecho de Messina por razones de mayor provecho; pero el corazón y punto neurálgico del mar interior entero es realmente el canal de Sicilia, entre las costas tunecinas y las sicilianas. Además de que Malta constituye un hito lateral complementario.

Respecto al mismo papel marítimo, siempre hay que traer a colación el recuerdo histórico de aquel miembro del senado romano que decidió la declaración de una guerra púnica, mostrando que si las frutas tunecinas llegaban frescas a Roma era porque Cartago estaba demasiado cerca de Roma. Aquella afirmación se hizo por motivos expansionistas y estratégicos. Pero, en realidad, el país de Cartago-Túnez nunca ha dejado de ser lo más cercano a Roma; y en cierto modo lo más cercano a casi todas las partes del ex «Mare nostrum».

Un valioso ejemplo medieval fue el de las buenas relaciones que existieron entre los reyes españoles de la Corona de Aragón, y los sultanes tunecinos de la dinastía de los Hafsíes. Gracias a que con dichas relaciones, Aragón tenía abierto y despejado el canal de Sicilia, el poder de las banderas amarillas con barras rojas se extendió por el Sur de Italia e irradió hasta Grecia. Cuando después del año 1574 pasó Túnez a formar parte del Imperio-Jalifato turco de Estambul, dicho gran sultanato otomano alcanzó su máxima potencia marítima y bélica... Por último, un ejemplo moderno, aunque en sentido diferente fue el de la segunda guerra mundial cuando las tropas alemanas retirándose desde Egipto quisieron establecer en Túnez su decisivo baluarte. Después, al entrar y vencer los aliados, por Túnez pasaron los autos blindados de la columna Leclerc procedentes del Chad, y que al final simbolizaron la entrada triunfal en París.

El aspecto central psíquico del binomio Cartago-Túnez, hace recordar que al comenzar a actuar libremente y oficialmente el cristianismo dentro del Mediterráneo romano, tuvo algunas de sus figuras más representativas en la provincia de «Africa» que tenía por capital a una Cartago reconstruida. De allí procedieron Tertuliano y San Agustín. Con el Islam, la tierra de Túnez fue cuna del famoso Ibn Jaldún, precursor de la sociología y de la filosofía de la Historia. Y además de quienes allí nacían, destacaron otras figuras culturalmente sintéticas que por Tunicia pasaban. Como el mallorquín Raimundó Lulio, el catalán Anselmo de Turmeda, el granadino «León el africano», e incluso el mismo Miguel de Cervantes.

Un factor poderoso de masas, fue en 1610 el hecho de que en Tunicia se establecieron la mayoría de los cientos de miles de españoles de religión islá-

Brick
para
cita

mica que salieron de la península en tiempo de Felipe III. Agolpados en Túnez, transformaron el país entero, fundando pueblos y barrios en las ciudades, a la vez que renovaban la agricultura, la artesanía, y todo el conjunto de las modas y los estilos en la vida corriente.

Entre las poblaciones hechas y rehechas por los moriscos, destacó la marítima Bicerta o Bizerta. Durante el protectorado francés, tanto Bizerta como la argelina Mazalquivir fueron transformadas en bases armadas navales, que formaban las puntas de un triángulo con el vértice en Tolón. Después de que la actual república tunecina recuperó Bizerta en octubre de 1963, la plaza fue desmilitarizada y se trató de hacer de ella la cabecera de una zona regional de planificación económica. No obstante, Bizerta y su laguna siguen siendo fácilmente transformables otra vez en una base naval. Por lo menos con finalidades defensivas.

Las conjeturas diversas hechas desde la guerra palestina de los seis días y la posterior presencia de la flota soviética, donde ya se movía la otra flota norteamericana, han venido reforzando cada vez más la atención hacia el papel clave de Tunicia. El abandono estadounidense de la base libia de Wheelus, y el girar de los actuales gobernantes libios en la órbita de El Cairo, han sido otros motivos revalorizadores de la posición estratégica tunecina. Aunque moral y políticamente el régimen de Burguiba se viene mostrando partidario de la fórmula de que el mar Mediterráneo sólo sea usado por los pueblos mediterráneos. Así se declaró en París cuando en febrero de 1969, el ministro tunecino de Asuntos Exteriores, Habib Burguiba (hijo) se entrevistó con su colega francés Michel Debré. Y en febrero del corriente 1970, también desde París, fue el conocido editorialista tunecino Bachir Ben Ahmed, director de la revista «Jeune Afrique», quien defendió con mayor empeño para todo el sector mediterráneo occidental, la idea de una coordinación de sus seis países ribereños, con España, Francia, Italia, Túnez, Marruecos y Argelia.

De todos modos, y en relación con el Próximo Oriente posterior al alto el fuego del 7 de agosto, el papel de Túnez aumenta su interés, puesto que Túnez va logrando permanecer fuera de la confusión y las polémicas de otros Estados de expresión árabe respecto a la oportunidad o la inoportunidad de haber aceptado el plan Rogers.

Existen además perspectivas de que incluso en el caso de llegarse a una paz efectiva entre Israel y sus vecinos beligerantes, el papel mundial del Mediterráneo oriental quedase muy alterado y desunido. Cada vez parece menos probable que si volviese a abrirse el canal de Suez, recuperase su papel de

*the key
el
Paris
L
Mediterranean
Tunisia
(a...
...)*

ruta interoceánica; ni tampoco el de principal camino de los petróleos del Golfo Pérsico. Un factor desfavorable muy comentado es desde luego el de que ya no caben por Suez los mayores buques petroleros, que por otra parte ya se han acostumbrado a dar el rodeo por Africa del Sur. Además surgen nuevas rutas en el mediodía de Asia; tales como la iniciada entre Ankara, Teherán y Karachi; o el magno acceso soviético al océano Indico por una autopista de seiscientos kilómetros a través del Afganistán y el Pakistán. Entretanto, los petróleos que se extraen de Libia y del Sahara egipcio van aumentando sus producciones y fijando sus accesos directos a Europa, sin necesitar para nada del canal de Suez.

Así la política y la economía arábicas, al volverse cada vez más hacia el Oeste, ayudan a elevar el valor internacional potencial de la encrucijada tunecina. No sólo como eje entre las dos partes arabizadas del Magreb y el Mahriq. Sino como acceso desde Europa comunitaria al continente africano entero.

RODOLFO GIL BENUMEYA.